

GFS-172-B

El pórtico
(mecanografiado)



Palabras del barón de Bielfeld en su famosísima ERUDICION UNIVERSAL: -"No se escribe sino aquello que se sabe; y, de todas las ciencias históricas, no se puede saber todo lo que se ha escrito." Sin duda el barón de Bielfeld era un hombre extraordinariamente culto; pero también de una extraordinaria buena fé. La Historia es la menos exacta de todas las ciencias, por que no se escribe en ella unicamente aquello de lo cual se tiene una certeza absoluta. Cada general hace su guerra; cada político, su propaganda, y cada historiador encauza el agua a su molino. Y el pueblo, -ese complejo ~~infinito~~ inefable de ascetismo y primitivismo, - crea el mito.

Los tiempos modernos, en los cuales pulula toda suerte de periodistas con flema de historiadores, son la mejor afirmación de lo que decimos. Los poetas nos han demostrado que en cada alma late un mundo, imposible casi siempre de descubrir. Pero los periodistas, con el estilete de su sagacidad y el buril de su dinamismo, llegan hasta la médula de los huesos de cada héroe. Y nos horroriza pensar que la Historia escrita de nuestra época sea de una diafanidad imponderable.

Los hechos que se han sucedido desde Adán y Eva hasta nuestros días, en este pequeño y maravilloso planeta, conservan una lozanía y una ternura tales que casi parece cosa de milagro. Al revivir en el cedazo de nuestra retina, nunca resultan muñecos los forjadores de una época o de un pueblo o, sencillamente, de una anécdota que nos hace sonreír o estremecer. Menos aún hemos de extraerlos de la cáscara de silencio invulnerable del fósil. La lluvia de los siglos embellece su recuerdo viviente, -de carne y de sangre, - con una pátina aurífica de poesía. Están lejos de nosotros, pero nos parecen contemporáneos. He aquí la base de nuestra tesis: al analizar una figura o un paisaje históricos, hemos de confrontar textos de la misma época que muchas veces son fatalmente antagónicos. La verdad sólo puede ser una. Pero, ¡ay!, ante nuestros asombrados ojos surgen dos o tres razones distintas; y en todas ellas encontramos la huella ineluctable de la verdad. Viene entonces aquello de manejar a nuestro gusto tal figura o tal paisaje, sin salirnos del área cuyas verdades nos señalan un límite. Pero el aspecto contemporáneo con que se nos aparece el panorama, también perjudica la verdad única, porque hemos convenido en considerar axiomático que sólo puede existir una verdad. Y nos falta la materia prima para manipularla sin capricho alguno que la adultere: el alma desnuda y los pensamientos recónditos que eran la savia de la verdad de la figura o del paisaje. Buscamos entonces sus comentaristas... Y nuestra estilográfica pecadora agrega unas frases más a la balumba de una literatura amorfa.

La Edad Media es una confusión de verdades, precisamente porque, según Finke, en su OTONO DE LA EDAD MEDIA, "la mentira brota por todas las costuras del traje de gala de los caballeros". Es también la Edad Media, -aparte de la historia antigua del pueblo hebreo, - la época pretérita que se complace en brindarnos más material de poesía; porque la poesía es, quizás, la más maravillosa de todas las falsedades o, mejor aún, de todas las elucubraciones. El profesor Vedel, en IDEALES DE LA EDAD MEDIA, afirma que "tan íntimamente se entrelazaron el romanticismo caballeresco y la vida espiritual y social, que juntos se perdieron en el sepulcro". El precitado Finke refiere el siguiente caso, que yo pongo en boca de mi Carlos de Viana: "La piedad de Boucicaut (1409) es rigurosamente puritana. Se levanta temprano y dedica tres horas a la oración. Por muchas ocupaciones que tenga, oye a diario dos misas, invariablemente arrodillado. Los viernes viste de negro, y los domingos y días festivos sigue a pie una peregrinación o se hace leer vidas de santos. Es ponderado y sencillo. Habla poco y, casi siempre, sobre Dios, los santos, la virtud y la Caballería. Ha inculcado a los sirvientes la devoción y la decencia, y les ha quitado la costumbre de maldecir. Es un defensor acérrimo del noble y casto homenaje a la mujer. No quiere aumentar ni disminuir su patrimonio... Si mis hijos son valientes y honrados, - dice, - ya tienen bastante; y, si no son dignos de nada, fuera vergüenza dejarles tanto".

Las miniaturas de la "Edad Media están todas perfumadas por una etérea delicadeza inimitable. Los religiosos fueron, durante cierto tiempo, los más hábiles escritores e iluminadores de códices. Cantaban, escribían,

pintaban, tejían y bordaban con absoluta perfección. Palpitan, en LA CITE DES DAMES, de Cristina de Pisan, todos los reflejos de las vidrieras humanamente celestiales.

Los siete pecados capitales, -los siete lebreles, de los cuales nos habla nuestro Jaime Rosquelles, -aullan, como en todas las épocas, en la engreída caverna del corazón del hombre; pero, como lo hacen con cierta elegancia, no nos acaban de asustar. La diplomacia era un juego de niños, sin la envergadura, -capaz hoy de hacer perder la cabeza al pigmeo más despabilado o al ciclope más deportista, -del vaivén de nuestros diplomáticos, acostumbrados a dejar convertido en un solo día el mundo en una madeja enredada, utilizando como únicas armas un avión y una insignia de percal en la solapa. El que, entonces, la gente, -el bajo pueblo y el potentado, -creyese tanto en brujas nos explica muchas cosas.

Los emboscados, -¡qué palabra tan moderna!, -eran la ELITE que planeaba las batallas y las llevaba a término. La guerra, en el fondo, no era sino una serie de sorpresas y de incursiones del bandidaje. Toda la Edad Media, tal como nos la imaginamos, -con sus héroes auténticos y los que se paseaban con soberbia de pavos reales, con toda la faramella de una elegancia que hacía bonito, a pesar de que, en el fondo, adolecía de una rigidez que hoy nos daría mareos, (puesto que hay que tener en cuenta que los reyes, los príncipes y los caballeros condicionaban sus actos a que se hablase de ellos en el porvenir), -lleva tras sí una aureola de color, e incluso de discreto misterio, divulgado a los cuatro vientos, que nos atrae y nos subyuga.

En Cataluña, -no nos hagamos muchas ilusiones, -jugábamos esta sinfonía en tono menor. Quizás, un poco, como para andar por casa. Al fin y al cabo es nuestra tara de siempre y, quizás por lo mismo, nuestro orgullo. Seguramente, también, la virtud de nuestro cosmopolitismo racial. Y, si no es más, nunca nos ha comprometido ante el mundo.

En Carlos de Viana, figura interesantísima de nuestra historia, convergió la emoción de los catalanes (1458-1461), porque además de ser el eje captaba elegantemente todas las puerilidades de fines de la Edad Media en Europa, hubo de sufrir con estoicismo y la mayoría de las ~~veces~~ veces con una rebeldía desgraciadamente estéril, el odio brutal de una madrastra astuta y cruel, que solo buscaba aniquilarle. Y la sentimentalidad de nuestro pueblo es axiomatica: ~~podemos suponer que defendemos con el mismo ardor~~ sabe batirse contra el más poderoso por defender una causa justa.

El príncipe Carlos nació el 29 de mayo del año 1421 en Peñafiel (Castilla). Era hijo de Blanca de Navarra y de Juan de la casa de Antequera, quienes, al ser ungidos y coronados por Martín de Peralta, Obispo de Pamplona, habían convenido que el primer hijo o hija que de ellos naciese heredaría el reino de Navarra, el ducado de Nemours y todos los estados de Juan en Castilla y Aragón. Carlos III el Noble, padre de Blanca, hizo proclamar a su nieto Príncipe de Viana (20 de enero de 1423); título que determinaba al heredero de la corona. Al fallecimiento de Blanca había de reinar ya su descendiente. Sin embargo, parece que la reina, a la hora de su muerte, suplicó a su hijo que no obligase a Juan II a dejar el trono. ¿Podría imaginar aquella madre, en quien se reunían, todas las dulzuras, que su marido, con una intrusa, subyugaría los pueblos, que de derecho pertenecían a Carlos?.

Carlos el Noble murió en 1425. Tenía el príncipe dos hermanas, -Blanca y Leonor, -y contaba entonces cuatro años. La piedad y la delicadeza de su carácter provenían de su madre, que le educó solícita. A los ~~trece~~ años era ya un perfecto caballero. "Fue criado y nutrido con mucha perfección de virtud", según el diario del capellan de Alfonso IV.

El año 1439 se casa el Príncipe de Viana con una hija del duque de Cleves; princesa jovencísima que acababa de ser presentada a la Corte.

En 1441, Blanca, hermana mayor de Carlos, contrae matrimonio con el Infante Enrique de Castilla, y un año después muere su madre, la reina de Navarra.

"Carlos por la gracia de Dios, Príncipe de Viana Primogénito, heredero, e Lugarteniente por el Señor Rey mi muy reduptable padre, y Señor en Navarra, e Duque de Gandía." He aquí cómo se titulaba él mismo, Carlos

de Viana, en aquella época, haciendo honor, de sobra, a su palabra.

Tres años duró la viudedad de Juan II. Juana Enríquez, hija del Almirante Don Fadrique, gué, no la elegida por amor, sino para que le ayudase a socavar e intrigar en la Corte de Castilla, que presidía un rey obtuso, (conocido después por el Impotente) y gobernaba Alvaro de Luna. El enojo de Carlos y de los navarros fue grande. Un presentimiento de violencias lo invadía todo.

En 1448 moría sin sucesión Ana de Cleves.

La desgracia del príncipe comenzó el año 1451.

El Ejército castellano al mando del Príncipe de Asturias, penetró en Navarra y se internó hasta Estella. Carlos se presentó al invasor, -por única arma, un salvoconducto,- y le convenció de que se retirara. Juan II creyó entonces en una alianza de su hijo con Castilla para desposeerlo del trono, y envió a Juana Enríquez a Navarra para gobernarla como reina, en compañía del Príncipe. Aparecen entonces los dos bandos: a favor de Carlos de Viana, los "beamonteses", acaudillados por Juan de Beamonte y su hermano Luis, conde de Lerín; dirigía los partidarios del rey, el mariscal Pedro de Navarra, Señor de Agramonte, y de aquí el calificativo de "agramonteses", que tuvieron sus partidarios. De nada sirvieron las buenas palabras del Príncipe para apaciguar los rencores. Más que la defensa del rey o de su hijo, les impulsaba el odio que, desde hacía tiempo, separaba aquellas dos familias. ~~Rien xxxxxxxxxx~~ Era, en suma, la pirotecnia de la Edad Media. Durante unos cuantos meses. las escaramuzas lo absorbieron todo; y, por fin, sobrevino la guerra.

Los príncipes de Asturias y de Viana sitian Estella, donde reside la madrastra. Juan II acude con su ejército, e, impotente ante el número considerable y la bravura del enemigo, vuelve a Zaragoza. Carlos de Viana levanta el sitio, y el rey de Aragón, con nuevos contingentes de tropas, se presenta ante Aibar. Se libra la batalla, y Carlos cae prisionero.

Juan II se niega entonces a ver a su hijo que, recluido en la fortaleza de Tafalla, en Mallén y en Montroy (1451-1453), escribe una crónica del reino de Navarra. Merced a las gestiones de cuarenta diputados del reino de Aragón, el rey le saca de la cárcel de Montroy y lo lleva a Zaragoza, donde se le concede la libertad, con la condición de no poder salir de aquella ciudad. Quedaban en poder del rey, como rehenes, Luis de Beamonte y dos hijos suyos.

Pero Carlos, faltando a lo pactado, se presenta en Navarra y, con la ayuda de su hermana Blanca, -repudiada por Enrique de Castilla, porque en doce años de matrimonio no habían tenido hijos,- intenta apoderarse de la Corona. No nos es posible justificar este disparate del príncipe que, con su conducta, comprometía las vidas de unos caballeros que se habían entregado indefensos a Juan II. Este, para intimidar a su hijo, le hizo saber que los mataría. La respuesta de Carlos fue: "La misma suerte seguirán los prisioneros yo he hecho en Montreal y en otros pueblos". En su indignación, el rey deshereda a Carlos y a Blanca, y traspasa sus derechos a su otra hija, Leonor, esposa del conde de Foix. Nuevamente la guerra: agramonteses y beamonteses, en una lucha pueril. Juana Enríquez, Juan II, el conde de Foix y mosén Pedro de Peralta, contra Carlos, Blanca y Juan de Beamonte. En la derrota, Carlos de Viana huye a París y se presenta luego en Italia, donde es recibido por el Borja Calixto III. Pasa a la Corte de Nápoles (1457), en donde ~~tió~~ Alfonso V el Magnánimo gusta de rodearse de artistas y poetas. Allí conoce a Ausias March y traduce LAS ETICAS de Aristóteles.

Alfonso V riñe cariñosamente a Carlos y promete intervenir para que se acabe la contienda entre padre e hijo. La muerte, sin embargo, frustra sus propósitos. Con el fallecimiento de su tío (1458) Carlos pierde su más valiosa ayuda. En su testamento, el Magnánimo deja el reino de Nápoles a su hijo natural Fernando, duque de Calabria, y las coronas de Aragón y Cataluña a su hermano Juan II, nombrando sucesor de éste al príncipe de Viana. No gusta a los nobles y barones de Nápoles ser gobernados por un bastardo, y

quieren proclamar rey a Carlos. El no acepta. Pasa entonces a Sicilia, donde es recibido con todos los honores y, a poco, se convierte en el árbitro de la isla. Lee y escribe obras en prosa y verso. Por su gran cultura y por su gentileza, sabe ganarse el corazón de los sicilianos, que también llegan a ofrecerle su trono.

Juan II, hallándose en Tudela, sonríe a la muerte de su hermano, y se traslada a Zaragoza, donde jura los privilegios y fueros de Aragón, y nombra al Infante Fernando, hijo suyo y de Juana Enríquez, duque de Montblanc, conde de Ribagorza y señor de Balaguer. Entra después en Barcelona (22 de noviembre de 1458), y jura, asimismo, en la Catedral, después en la sala del Palacio Mayor y luego en el llano de San Francisco, los usos, privilegios y costumbres de la ciudad y las constituciones de Cataluña. Le prometen fidelidad los municipios y particulares y los feudatarios de la provincia. Pero la mayoría no cree en aquel juramento y, por tanto, en aquella fidelidad. La vida del nuevo rey arrastraba un lastre de ambiciones y la oscurecía una leyenda demasiado abrupta. Esta desconfianza producía rechazo, una simpatía hacia su hijo.

De Barcelona pasa Juan II a Valencia, donde recibe una embajada del rey de Portugal, que le propone el casamiento de su hermana Catalina con el príncipe de Viana. Por aquel tiempo, Carlos envía a Bernardo de Requesens al rey pidiéndole perdón y olvido, y escribe a Barcelona, Zaragoza y Valencia para que intervengan en su favor. Juan II no podía negarse a una reconciliación, sobre todo cuando la popularidad del príncipe era extraordinaria y, todavía, su correspondencia con diferentes príncipes de Europa, especialmente con italianos y franceses, era copiosa; y, en vista de todo ello, prometió a Bernardo de Requesens tratar a su hijo como a primogénito y heredero universal. Juan de Moncayo (enero de 1459) fué el encargado de transmitir al príncipe los buenos deseos del Monarca, con la condición de que debía de dejar Sicilia y residir en Mallorca.

Carlos contaba ya con el perdón de su padre; pero no le concedían el salvoconducto para regresar a España. Temiendo entonces un engaño, encargó a Juan de Beaumont que, en el caso de que no se realizase la concordia, pactase una alianza con Castilla y, para mayor seguridad, pidiese en su nombre la mano de la Infanta Isabel, hermana del rey; unión que ya previamente sabía que había de complacer a éste.

Por fin, nuestro príncipe deja Sicilia y llega a Cerdeña, donde es recibido con toda clase de agasajos. Con una escolta de siete galeras se hace a la mar y, a causa de una tempestad, tiene que entrar, de arribada forzosa, en el puerto de ~~Sukunx~~ Salou. Notifica su llegada a los consejeros de Barcelona y a Juan II, a quien promete liberar la parte de Navarra que le es adicta, y unir Navarra a Aragón; pide gracia para él y su séquito; suplica aún el juramento de primogénito, como era justo, y ruega perdón para los Beaumont y la princesa Blanca. Con la venia del rey tiende velas hacia Mallorca y a fines de agosto desembarca en la isla. Pero Juan II no procedía con la misma buena fe. En primer lugar, en Mallorca, no alojan al príncipe en el castillo de Bellver y apenas si le dejan disponer del Palacio Real. Firma Juan II un pacto con el rey de Francia contra sus hijos respectivos. Y siempre que el de Viana, nervioso e intranquilo, envía embajadores a su padre, protestando contra la estrechez en que se desenvuelve su vida, - tenía que recurrir muchas veces al préstamo, - eran despedidos con evasivas.

Carlos, cediendo a consejos de buenos amigos, comenzó a desconfiar. Con la excusa de que Mallorca se hallaba lejos de la Corte y se retrasaban las negociaciones para el convenio, pidió al rey permiso para trasladarse a Cataluña; por ejemplo, al castillo de Perpiñán.

El 26 de enero de 1460, en Barcelona, Juan II declara los Capítulos de la Concordia, "manifestándola antes a sus amigos y vasallos, Don Arnaldo Roger de Pallars, Patriarca de Alejandría y Obispo de Urgel, su canciller, de Juan Pages, vicecanciller, de Don Bernardo Juan de Cabrera, Conde de Módica, y de Galcerán de Requesens, Gobernador de Cataluña. Consistían los capítulos en suma, que entregase el príncipe la parte que poseía en Navarra, y que el rey perdonaría los pasados, le reduciría a su gracia, trataría de su matrimonio, le daría para la autoridad y decencia de su casa,

concedería la libertad al Condestable de Navarra y a su hija, y permitiría que viviese el príncipe en donde le pareciese de sus reinos, excepto en Navarra y Sicilia. Concediose perdón general, y restitución de prisioneros, obligación de entregarle parte de Navarra a Luis Despuch en nombre del rey y otros capítulos de menor monta; volvieron a sentir mal desta concordia los servidores del príncipe, porque le juzgaban ya un pobre y desnudo caballero. Sujeto a la triste condición de su Padre, y a las ardientes artes de su Madrastra". (Abarca).

Este convenio disgustó a los beamonteses, -lo encontraban demasiado humillante,- y por eso se resistieron a entregar los castillos y ciudades de los cuales eran dueños. Carlos, temiendo que su padre creyese que todo ello era obra suya, mandó un emisario con órdenes tan severas que Juan de Beaumont lo entregó todo.

Marcha el rey a Navarra, y Carlos de Viana zarpa de Mallorca para Barcelona, donde desembarca el 22 de marzo, alojándose, extramuros, en el monasterio de Valldonzella. Envía un propio a Juan II excusándose de haber abandonado Mallorca porque el clima de la isla era perjudicial para su salud. En las primeras horas de la tarde del 31 de marzo de 1460 el príncipe hacía solemnemente su entrada en nuestra ciudad de Barcelona, que ya la noche antes era un ramillete de luminarias. Sobre el caballo, su gentil figura embelesaba a la multitud, que le aclamaba. Iba vestido con un traje de "damasco burriel", se cubría con un "bonete morado" y con "capuchón de paño oscuro" y llevaba un "magnífico collar de oro, junto con piedras finas y perlas muy grandes". Y caminaba bajo el palio de "un dosel de de paño dorado con seis bordones". Pasando por el portal de San Antonio y por el "abrevadero" del hospital, siguió Rambla abajo hasta la puerta de los Frailes menores, donde descabalgó y subió al "Estrado con VIII escalones". Allí, sentado en la silla real, "bella y suntuosa, de madera dorada", guarnecida con "terciopelo de seda de color casi violado o carmesí", recibió el homenaje de los consejeros y presenció el desfile de los menestrales barceloneses. Montó de nuevo, y la comitiva se dirigió a la Catedral por vías no demasiado rectas: las calles Ancha, de los Cambios, plaza del Borne, Moncada, Boria y plaza del Rey, hasta llegar a la Seo. Las campanas volteaban alegremente. En el interior de la Catedral, bellamente iluminada, las notas del órgano formaban la arquitectura de una melodía augusta. Después de haber orado durante un buen rato en el altar mayor y ante el sepulcro de Santa Eulalia, el príncipe de Viana salió del templo, tomó otra vez el caballo y se encaminó a su alojamiento, que era la casa de mosén Francisco Desplá, en la "plaza de la Cocorella".

Este recibimiento magnífico enojó a Juan II. Se resistía a admitir que su hijo pudiese disfrutar unos honores que sólo a él podían otorgarse. Herida hondamente su susceptibilidad, escribió a los consejeros de Barcelona recomendándoles que no halagasen demasiado al príncipe, tanto más cuanto que no estaba aún reconocido como heredero de la corona. Al propio tiempo, el muy hipócrita, escribía también a su hijo, como un padre muy afectuoso "que se alegraba de su venida y le ofrecía su amor y bendición".

El 15 de abril se dirigió el rey nuevamente a Carlos, previniéndole que se quedase en Barcelona, puesto que él se encaminaba hacia esta ciudad. El príncipe, en señal de vasallaje, y en cumplimiento de un deber de cortesía, salió a su encuentro, y en Igualada, rodilla en tierra, besó la mano de su padre con toda humildad y otros tanto quiso hacer con la reina, "la cual no permitió que Carlos le besase la mano, y ambos abrazáronse y besáronse, concordados, con gran amor y dilección, pospuesta toda diferencia voluntaria". Carlos de Viana les regaló unos hermosos caballos y otras cosas y "con esta aparente unión entraron juntos a Barcelona, y engañaron a la sinceridad y natural afición, y lealtad de aquellos bien intencionados Ciudadanos, los cuales creyeron con demasiada prisa, que entraba en su ciudad la Paz de los Reyes, celebrada con grandes alegrías y fiestas". (Abarca).

Carlos pide a su padre que le declare primogénito y que apruebe su casamiento con Isabel de Castilla. El plan de la madrastra era, sin embargo, el de unir a la infanta con su hijo Fernando. Por eso los reyes se negaron rotundamente a lo que pretendía el príncipe, quien accedió por fin a casarse con la de Portugal.

Los prohombres de Castilla, que se hallaban descontentos con su rey Enrique, hicieron proposiciones de alianza a Juan II y, para ello, se valieron del almirante, o sea del padre de la madrastra. Su proyecto era destituir a Enrique IV y hacer que la corona pasase a Isabel, la futura nueva de Juana Enriquez. Al enterarse Enrique de esto, envió emisarios a Carlos ofreciéndole la mano de la princesa, y este la aceptó; falta grave del de Viana, puesto que dejaba de cumplir lo que había prometido. Con todo, con esta unión y con la declaración de primogénito acabarían las guerras interiores y la pugna entre Castilla y Juan II, y este continuaba reinando. El padre de la madrastra descubrió la intriga y avisó a Juana Enriquez. Esta, faltando a la verdad, informó al rey que el de Viana había pactado con el ~~rey~~ de Castilla para arrebatárle la corona de Aragón. El rey entonces decidió el encarcelamiento de Carlos.

Convocó Juan II a Cortes Generales a catalanes, aragoneses, valencianos y mallorquines en Fraga. El 30 de agosto, en la iglesia de San Pedro de aquella villa, hizo el rey la primera proposición pidiéndoles ayuda en defensa de sus estados. Las Cortes esperaban que, previamente, propondría el juramento de Carlos como primogénito; y, como no fué así, los reunidos, decepcionados, se abstuvieron de jurarle fidelidad como era costumbre. Por fin, se dirigieron en súplica al rey, sin conseguir nada. Se separaron entonces los catalanes de los aragoneses y, por voluntad de Juan II, estos siguieron congregados en Fraga, mientras que los segundos fueron convocados en Lérida, donde se celebrarían Cortes Generales de Cataluña.

Al volver de Montserrat, Carlos recibió una orden de su padre para que se trasladase a Lérida. Algunos amigos, temiendo una traición, le aconsejaron que marchase a Sicilia. No les quiso creer. Y el 2 de diciembre, poco después de haberse disuelto las Cortes, Juan daba la mano a su hijo, le besaba y, a continuación, le ordenaba que se entregase preso. El príncipe, con indignación y dolor, exclamó: -"Padre y Rey, ¿a donde está vuestra Fee? ¿A donde la Real palabra? ¿A dónde la seguridad, y resguardo concede a todos el derecho de gentes en la convocación de Cortes? A Dios llamo por Testigo, que no he imaginado en mi pensamiento, ni emprendido cosa contra vuestra Persona Real, no queráis tomar venganza de vuestra carne, ni ensangrentar las manos en mi sangre". (Zurita).

Una de las Constituciones de Cataluña otorgaba a las Cortes derechos y soberanía hasta seis horas después de ser clausuradas. El tiempo corre de prisa; pero, a veces, para los tiranos, va demasiado despacio. Por eso, reunidos los diputados, prelados, nobles y síndicos, nombraron una comisión con objeto de procurar la libertad de Carlos. El pueblo se indignaba. Todo el mundo, por calles y plazas, aclamaba al príncipe y maldecía a los opresores. El rey escribió una carta a la Generalidad intentando justificar el encarcelamiento. Los diputados llegaron a ofrecer al rey cien mil florines por la libertad de su propio hijo. La rebelión se encendía por momentos. No creyéndolo bastante seguro en Lérida, Juan II trasladó a Carlos al castillo de Aitona. Esto fué otro insulto contra las leyes y constituciones, que precisaban que había de ser castigado allí donde hubiere delinquido. Carlos pidió entonces a los diputados aragoneses que intercedieran cerca de su padre para que fuese conducido al reino de Aragón. Y es que las relaciones del príncipe con la Generalidad se resentían de cierto enfriamiento, porque el de Viana consagraba acaso demasiada atención a los asuntos de Navarra y Castilla, descuidando no poco los de Cataluña...Y ahora, por eso, echaba de menos las finezas de los catalanes, a que tan acostumbrado estaba.

A mediados de diciembre, el Parlamento eligió doce embajadores que, con otros miembros del Consejo de Ciento, presididos por el arzobispo de Tarragona, debían exigir la libertad de Carlos. El rey no atendió las súplicas ni las amenazas de sus vasallos, asegurándoles que jamás podría perdonar a quien, al aliarse con Castilla, conspiraba contra su persona; e incluso llegó a maldecir la hora en que engendró a su hijo. Pero el Sin Fé inmediatamente comprendió lo que podía derivarse de la hostilidad de Cataluña. Y, no considerándose seguro, marchó a Zaragoza, donde Carlos entró también el 23 de diciembre con sesenta caballeros que le custodiaban.

El proceso contra el príncipe se celebró en Fraga, adonde Carlos fué llevado con Juan de Beaumont, que también estaba preso. La acusación

era: que había inducido a matar al rey; que contaba con la ayuda de catalanes, aragoneses, valencianos, navarros y sicilianos, y que existía un pacto con Castilla. Oídas las declaraciones de Juan de Beaumont, que lo negaba todo, se solicitaron pruebas. Fué inútil. No existía ninguna.

Entre el rey y Cataluña se cruzaron cartas y embajadores. La Generalidad ya no se contentaba con la liberación de su príncipe: exigía el respeto a sus leyes. El día 3 de enero de 1461 se publicó un edicto para la ciudad de Barcelona, por el cual se mandaba que todos los ciudadanos, armados, se presentasen en la Rambla en espera de órdenes. Fué suspendida su ejecución. El día 12 fué transmitido al rey un ultimátum. El 20, los diputados se congregaron en el Palacio, con los oidores y veintiseis ciudadanos, prometiendo no salir de allí hasta conseguir la libertad del príncipe y el castigo de los que aconsejaban al rey que faltase a las Constituciones de Cataluña y a los "Usatges" de Barcelona. El 25 llegaron cuarenta y cinco embajadores a Lérida, donde se encontraba Juan II, y obtuvieron por respuesta que "la ira del rey era mensajera de la muerte". El domingo 3 de febrero, en el Palacio de la Generalidad, fueron izadas la bandera real de los condes de Barcelona y la nacional de San Jorge; se ultimaron preparativos en las Atarazanas, se ~~XXXXXX~~ armaron veinticuatro galeras a punto de zarpar, además de las que vigilaban la costa, y dentro del Palacio se colocaron mesas para el alistamiento de voluntarios. Fué declarada la guerra y se organizó a la vez una manifestación popular que, saliendo de Palacio en torno de las banderas, -la nacional, llevada por el magistrado, revestido, Arnaldo de Foxá, y la real, por Bernardo de Marimón, ciudadano de Barcelona,- llegó al portal de San Antonio y regresó a la Generalidad, a los gritos, siempre, de: "¡Somatén! ¡Adelante!" y "¡Abajo los malos consejeros del rey!". Custodiaban la Diputación cien hombres armados en el interior y cuarenta en cada puerta. Aquella noche el Gobernador, Galzerán de Requesens, se dió a la fuga.

Cataluña quería, audazmente, apoderarse de Lérida, donde se encontraba el rey, y de Fraga, prisión del príncipe. Apercióse para ello un ejército de mil quinientos hombres. Juan II, que se disponía a cenar, resolvió, después de varias consultas con los de su Consejo, huir de las iras del pueblo. Fué saqueado el Palacio Real y, al saberse que el rey y Juana Enriquez se hallaban en Fraga, pusieron los catalanes sitio a esta plaza. No obstante, fué posible a los reyes desaparecer, y se llevaron al príncipe consigo a Zaragoza. Ante la gravedad de la situación, Juana pidió a los diputados de Cataluña y a los Consejeros de Barcelona que le enviasen mensajeros. Estos exigieron ante todo la libertad de Carlos. La respuesta de la reina fué encerrar al hijastro en la Aljafería. Todavía el Principado desplazó al abad de Poblet y al prior de Tortosa para suplicarle que intercediera cerca del rey, ya que sin el regreso del príncipe liberado a Cataluña no sería posible contener la avalancha. Juan II se irritó nuevamente y, desconfiando de los aragoneses, trasladó el preso a Miravet y, de allí, al castillo de Morella. Cataluña encendió con más bravura la guerra y, con un ejército de veinticinco ~~XXXXXX~~ mil hombres, cruzó Lérida y llegó a Fraga, que se le rindió. El rey quería oponer Aragón a los catalanes; pero en Aragón también se conspiraba. Por otra parte, el rey de Castilla atacó las fronteras y amenazó con llegar hasta la Corte del rey Juan. El condestable de Navarra, con mil lanzas castellanas y varios beamonteses, puso sitio a Borja. En Valencia cundía el descontento. Mallorca, Cerdeña y Sicilia pedían la libertad del de Viana. En Zaragoza misma ocurría otro tanto. Juan, acorralado y a instancias de la reina, más astuta, terminó por ceder. El 25 de febrero fué decretada la libertad del preso, y el conde de Pallars, que mandaba el ejército de Cataluña, se enteraba aquel mismo día de la fausta nueva. Es de notar que, en aquellos momentos, en la Generalidad, tratándose de los medios a emplear para conseguir la liberación del príncipe, hubo una sesión muy movida. El abad de ~~XXX~~ Ager, el de San Quirico, Gerardo de Cervelló y Francisco de Eril defendían un dictámen opuesto a la opinión de la mayoría. Algunos oyentes se sumaron a su parecer. Los seglares de uno y otro bando empuñaron las espadas; y nada sucedió porque el buen sentido de los diputados se impuso al fin, dando término a la cuestión, no sin que fueran encarcelados, por alteración del orden, los dos abades.

Juana Enriquez quiso ir ella misma, con un vistoso séquito, a recibir al príncipe a Morella; y partieron los dos a la vez hacia Cataluña. El 3 de marzo llegaron a Traiguera, y Carlos envió una carta a los Consejeros

de Barcelona agrdeciéndoles su comportamiento. Al llegar a Tortosa, donde fué recibido el príncipe con entusiasmo, una embajada de la Generalidad notificó a la reina la prohibición de entrar en Barcelona. Era la mejor piedra que la dignidad de los catalanes podía arrojar directamente contra su orgullo. Para hacerlo aún mejor, dictáronse órdenes de estrecha vigilancia cerca del príncipe, para defenderlo de su padre y de la madrastra. Dirigiéronse a Tarragona y de allí a Villafranca, donde Carlos se enteró de que el condestable de Navarra había formado un ejército para atacar Aragón. El príncipe escribió a este diciéndole que desistiese de sus propósitos y que él mismo trataría de sus asuntos. Juana Enriquez tuvo que permanecer en Villafranca, mientras que Carlos de Viana, rodeado de un gentío inmenso, fué a dormir a San Baudilio de Llobregat, para dirigirse al día siguiente a la capital.

El 12 de marzo entraba el príncipe por segunda vez en Barcelona, montado a caballo y aclamado apoteósicamente por todo el pueblo. Alegría de luz y de color. Se cuenta que frente al Hospital se hallaban los locos disrazados grotescamente. Desde el portal de San Antonio hasta la Boquería, a uno y otro lado, le rindieron honores dos mil hombres armados y, desde allí hasta el convento de San Francisco, recibió el homenaje de la coronela de las Cofradías de la Ciudad, con sus armas, banderas y estandartes en dos filas. Todas las calles estaban adornadas. Las fiestas, con disfraces y danzas, no cesaron durante tres días, según la costumbre. El segundo día, Carlos de Viana, en la Casa de la Ciudad, dió en catalán las gracias a los consejeros y les rogó que "fuesen celosos y atentos con su libertad, como él tomaba por hija la presente ciudad, y a sus habitantes por padre, madre y hermanos, avisándoles que él no se ablandaría en lo que concerniese al honor y provecho de aquella ciudad y del principado, como sabía exponer su persona y sus bienes y hasta su propia vida." Antes del recibimiento del príncipe, y por orden de la Generalidad, fué apresado el Gobernador de Cataluña, Gaizerañ de Requesens, que se hallaba oculto en Molins de Rey.

Cansada Juana Enriquez de tanta humillación y espera en Villafranca, resolvió marchar; pero el príncipe le envió a su mayordomo, Pedro Torroella, excusándose y diciéndole que ni con su influencia había conseguido que le dejasen entrar en Barcelona; pero rogándole, al propio tiempo, que no se ausentase, porque su presencia era forzosa para lograr el convenio. La madrastra accedió. Carlos envió entonces unos embajadores a Castilla para ultimar su casamiento con Isabel; y tan adelante llevaron el asunto que hasta se trató del dote, que había de ser de "doscientos mil doblones", costean-do el rey los gastos del viaje de la infanta a Cataluña.

Comenzaron otra vez las negociaciones de paz entre la Generalidad y Juana Enríquez; ésta en nombre de Juan II. Carlos no deseaba sino su declaración de primogénito y que regentase Navarra una persona de su confianza. Los catalanes exigían la capitulación de la reina; la sumisión formal a todo aquello que habían hecho para obtener la libertad del príncipe; la liberación de Juan de Beaumont; que fuesen declarados inhábiles a los que habían intervenido en el Consejo del Rey; el nombramiento de primogénito y Gobernador General de todos los reinos de la corona, y el de lugarteniente general perpétuo e irrevocable, a favor de Carlos de Viana; que el rey se abstuviese de entrar en Cataluña, etc. Juana Enríquez quiso convencerles de que muchas de estas proposiciones no podían ser admitidas; pero, ante la tenacidad de los catalanes, adujo que no estaba facultada para firmar un convenio definitivo, y marchó a Aragón para comunicarse con su marido.

Crepita en Navarra la hoguera de la guerra. Juan envía a este reino a su hijo natural Alfonso de Aragón, valiente capitán que sabe apaciguar la insurrección. Vuelve Juana a Cataluña y la Generalidad le exige una respuesta concreta; más, para ello, no ha de pasar de Villafranca. Y, al propio tiempo, en Consejo, declaran los diputados que "estaban bien decididos a poner sus personas, bienes, y la patria toda, en la defensa del príncipe, ya que causarle daño a él era causárselo al Principado". Pero la reina, invocando una orden de su marido para entrevistarse con Carlos, seguía avanzando, hasta que al llegar a la vista de Tarrasa le cerraron las puertas, tocando las campanas a somatén, como si se tratase de la llegada de una banda de ladrones. Juan II, ante la inminencia de una nueva revuelta y con el convencimiento de que Navarra, Sicilia, Nápoles y Valencia se decidirían a favor del

príncipe, tuvo que capitular.

Buena prueba de la astuta política de Juana Enríquez y de cómo sabía halagar a los catalanes en la derrota, son las palabras que pronunció ante los embajadores de Carlos, el día antes de firmarse la paz: "Amigos y fieles ~~y xxxxxx~~ nuestros, no ignorays con cuanta humanidad y clemencia el Rey mi Señor y lo avemos tratado, y conferido vuestras demandas, sin atender a la autoridad, y Real preeminencia, sino a las súplicas y instancias del príncipe y Principado, para el consuelo del Príncipe, y común beneficio, firmándose la capitulación, con las Condiciones eran del Real agrado. Os aseguro se abstendrá el Rey de entrar en Cataluña, fiado en la Lealtad vuestra, que en breve le llamareys. Con esta confianza viene bien a elegir al Príncipe Governador General de todos los Reynos, y Lugarteniente en el Principado, sin poderlo revocar. Y pues el Rey concede tal favor a Cataluña, justo es Cataluña le sirva contra el Rey de Castilla, siendo los Catalanes tan fieles, que jamás han permitido, que quedase su Rey opreso de sus Enemigos, y siendo la Nación que mas que otra avia engrandecido a sus Príncipes, que de pequeño estado, les avian levantado a grandes Monarcas, sugetándoles tantos Reynos por el valor de sus Armas. Y así os pido en justo agradecimiento, atendiendo, que el de Castilla contra la Concordia ha entrado en Navarra y ocupado algunas Plagas. Pídeos que os acordeys de la Gloria Militar de Vuestros Mayores, y de quan varias, y repetidas ~~xxxxx~~ ocasiones, tomaron sobre sí el empeño de defender a sus Reyes. Ya no podéys olvidar el más moderno exemplar, que es de vuestro tiempo, quando os empeñasteys en tomar a vuestra cuenta toda la guerra contra Castilla, en favor del Rey Don Alonso, en caso de que el de Castilla no quisiese satisfacer al Infante Don Enrique, mas justificado será aora el empeño, siendo en defensa de vuestro Señor natural no puedo dudar lo executará vuestra Fidelidad. Yo firmaré los Capítulos; pero será como no firmarlos, sino asegurays al Rey en lo que se os pide y entonces se podía disponer y asegurar el Gobierno de Navarra como pedís". (Anales de Cataluña, vol. III):

Se firmó la paz el 21 de junio de 1461 en Villafranca; y en la sesión de Cortes del 30 de julio, en Barcelona, el príncipe de Viana fué reconocido como soberano.

Había muerto el rey de Francia quince días antes de la proclamación de Carlos. Enrique de Castilla entraba en Navarra con un ejército, y Carlos favorecía a este rey, intrigando contra Juan II. Algunos nobles catalanes, disgustados por ello, desertaron de sus filas y consiguieron que Enrique IV volviese sobre sus pasos. El príncipe, ante esta conducta nobilísima, se enojó e inició una aproximación a Luis XI, el nuevo rey de Francia, que Juan II, con anticipación, había sabido atraerse.

Pero los días de vida que quedaban a Carlos eran bien pocos. Hacía tiempo que su salud se resentía a consecuencia de las cavilaciones y de las angustias de una existencia desgraciada. El 22 de septiembre se hacía público que se encontraba gravemente enfermo. "Y acostándose el día XXIII... entre las XII y la una de la mañana, sintió que su hora se aproximaba y dijo estas palabras: "Mi proceso se va a acabar". Y así, temiendo el presentimiento de su muerte y viendo su fin cercano, a pesar de que los médicos no lo habían considerado tan próximo, el príncipe, conociéndose, dijo con palabras acongojadas que le llevasen el Corpus, exclamando por tres veces: el Corpus, el Corpus, el Corpus; y de hecho le fué dado el cuerpo precioso de Jesucristo hacia las dos horas de la mañana del dicho día, por un presbítero de la Seo, saliendo de la Seo; el cual recibió con grandísima devoción y contrición; y quiso que le quitasen los anillos que tenía en las manos, diciendo que con vanidades del mundo no quería irse. Y pidió perdón a algunos de los consejeros y diputados y a muchos familiares suyos, que allí eran presentes; y fueron aquí tan grandes llantos, gritos y lamentaciones, que daban gran tristeza y congoja del corazón. Y comulgado el dicho Primogénito, poco después le fué dado el sacramento de la Extremaunción; y recibido el dicho sacramento, el dicho ilustre primogénito perdió la palabra, y hacia las tres horas de la mañana del propio día entregó su alma a Nuestro Señor Dios, la que se cree fué recibida y llegó al Paraíso, según se sigue de las obras de él". (Llibre de Solemnitats).

Al través de esta biografía, que he intentado componer, se advierte, de manera innegable, que la figura de Carlos de Viana, a pesar de todos sus fallos, cobra un relieve de moralidad superior al de otros príncipes de

su época. El afán de cultura, que le hizo amar a los clásicos, traducir al castellano una versión italiana de LAS ETICAS de Aristóteles; componer versos, -aunque, a pesar de su fama de poeta, la dialéctica le restaba inspiración;- escribir la CRONICA DEL REGNE DE NAVARRA, cultivar la amistad de los intelectuales, abandonarse a su afición a los libros, -su biblioteca constaba de un centenar de volúmenes, cuidadosamente encuadernados;- coleccionar medallas, rodearse de una Corte suntuosa, para el sostenimiento de la cual se desprendía de enormes cantidades, y, sobre todo, su gentileza, su refinamiento, su aire enfermizo y la persecución de que le hizo objeto su propio padre, instigado por Juana Enriquez, crearon en torno suyo una aureola de luz y de perfume, que el pueblo, -este complejo inefable de ascetismo y de primitivismo,- convirtió en pedestal para asentar el mito. Y así vemos cómo la especie del envenenamiento del príncipe corre de boca en boca y sirve para esgrimir aún más la espada del odio contra Juan II. Y es extraordinario que, ya en el momento de su muerte, él -é incluso antes, puesto que el notario Honorato Cazonomina había dicho que "cuando el Santo Hijo fué encarcelado, era tanta la devoción de los gerundeses hacia el príncipe que mucha gente enloqueció,- naciese San Carlos de Viana. El hecho de que el príncipe tuviese tres hijos naturales, -Felipe, Juan y Ana,- entre los cuales, en testamento, repartía la herencia de Blanca de Navarra; el que su carácter se resintiese de cierta falta de firmeza; el que, -muy de la Edad Media y muy de todos los tiempos,- amase las cosas de este mundo y pusiese en ellas un afecto desmesurado, (su Corte: damas, cacerías, músicas; todo muy refinado, eso sí, pero que le invertía tesoros, hasta hacerle entramparse), no bastaron para detener la idolatría del pueblo que, ya en el lecho de muerte, le atribuía maravillas y prodigios; y así se explica que, luego, se llevaran las gentes vestidos y otros recuerdos del difunto como reliquias que tenían la virtud de "iluminar ciegos, arreglar jorobados y mancos, etc". Y hasta los clérigos y la nobleza creyeron en aquella santidad y contribuyeron a divulgarla. En Barcelona, Poblet, Cervera, Valencia e incluso en Cifuentes ha sido adorado San Carlos de Viana. Esta veneración, de hecho, no ha acabado sino el ser destruido Poblet (1835).

Es incontrovertible, pues, la simpatía que irradiaba la figura del príncipe. Su política en Navarra y Cataluña, sus dotes literarias, su carácter y la tragedia que había de soportar, pueden ser ensalzados o condenados, según el buen juicio o el mal humor, (o el ingenio), del historiador. Su simpatía es universal. Veamos todavía este documento:

"Fué muy gallardo, muy sabio, muy agudo y de muy claro entendimiento; gran trovador, gran y buen cantador, cumplido de todo amor y gracia; con también mucha ciencia, todo el tiempo de su vida amó el estudio; fué muy veraz y devoto cristiano, con gracia y amor para todas las gentes del mundo". (Diario del capellán de Alfonso IV).

Más que las anécdotas dolorosas o simplemente espectaculares de la vida del primogénito de Juan II, me interesaban, para mi tragedia, la reacción íntima de la humanidad de Carlos frente al odio y al amor, los halagos o la persecución de que le hacían objeto, su "yo" inasequible, amasado por la meditación en la soledad de una prisión húmeda, cerrada con llaves y cerrojos; el exceso de claridad o de tiniebla resultante del choque brutal entre el mundo y el hombre; la lucha abnegada o el estéril abotargamiento ante lo que hemos convenido en llamar el destino. Al trabajar el barro con el buril siempre oxidado de mi fantasía, yo creaba un hombre, -¡perdón, Dios mío!,- que podía no ser el príncipe de Viana, pero que era inexorablemente mi Carlos de Viana; que acaso no interesara a nadie, pero al que yo amaba como a mí mismo.

Comienza la tragedia ~~manuscrita~~ con la entrevista en Igualada, o sea cuando el príncipe bordea los treinta años. Su entrada en Nápoles debía de ser una miniatura perenne, bellamente coloreada en su retina. Erudito, enamorado de los clásicos, eminentemente cristiano, se había incorporado al movimiento renacentista, pero con la pátina celeste de la filosofía antigua, por los caminos de la cual había conducido sus pensamientos. Las guerras, las luchas con su padre y su cuñado, la prisión en Tafalla, la peregrinación, amordazado, por Mallén, Montroy y Zaragoza, y el espectro de una madrastra astuta persiguiéndole sin cesar, tenían que haber dejado en el fondo de su

corazón como una penumbra gris y de silencio y como una especie de laxitud espiritual. Veo a Carlos de Viana prisionero de su desgracia. Como si un hado fatal le condujese por vericuetos inevitables. Como si la alegre insistencia en el cilicio fuera su gimnástica interior. Y él se deja arrastrar entonces por un pesimismo inteligente. Se siente enquistado, vencido, forjador de quimeras, extraordinariamente pequeño para realizar el vuelo de águila de sus concepciones... Pero, ¡ay!, analiza con cierta complacencia a los demás hombres y, al encontrarlos rebosantes de puerilidad, sobreviene en él la crisis, que no sabrá resolver sino con un gesto de soberbia intelectual.

=====